

# NO ME CORTEN EL PIE

HISTORIAS  
MÉDICAS DE  
SUPERACIÓN  
Y DOLOR DE  
FUTBOLISTAS

JUAN MANUEL  
HERBELLA



**JUAN MANUEL HERBELLA**

# **NO ME CORTEN EL PIE**

**Historias médicas  
de superación y dolor  
de futbolistas**

 Planeta

# El hombre de las dos caras

## GUSTAVO CAMPAGNUOLO

### Fractura de cráneo

Gustavo Jorge Campagnuolo (1973). Arquero sobrio y seguro. Campeón con Racing y con San Lorenzo. En su carrera deportiva, tuvo un breve paso por Europa y también por México, donde vivió un accidente que lo puso al borde de la muerte. El correcto obrar del médico del club, ante la sospecha, y la pericia de los neurocirujanos lo devolvieron a la vida y al fútbol. La descripción pormenorizada de cómo un juego para entrar en calor pudo haberse transformado en una tragedia, contada por su protagonista, por sus compañeros y por los periódicos del momento.

Jueves.

El 7 de octubre de 2004 fue jueves. Monterrey, la «ciudad de las montañas», amaneció encapotada. Gustavo se levantó de la cama, atrapado por ese mismo malestar que lo había aquejado durante toda la noche y que le impidió descansar bien: una mezcla de tos, náuseas y chuchos de frío.

Considerada la capital nacional de la industria mexicana y la urbe de mejor calidad de vida, Monterrey está enclavada dentro de un cordón montañoso de masas rocosas en el norte del país, cerca de la frontera con Texas. Hacia oriente está el símbolo del lugar, el Cerro de la Silla, de evidente similitud con una silla de montar. Hacia el sur, manda la Sierra Madre, donde se ubica el parque ecológico Chipinque, considerado «el pulmón de Monterrey». Y al oeste, se vislumbra a lo lejos el Cerro de las Mitras, nombrado así porque sus formas evocan los gorros arzobispales, también conocidos como mitras.

Su mujer, al verlo despertar medio alicaído, le sugirió dos cosas: que llamara al doctor del club para avisarle que se sentía mal y que no fuera al entrenamiento. Eso era lo que habían acordado durante la noche, cuando supusieron que cursaba uno de esos resfríos típicos del cambio de clima.

Se acercaban los días frescos en México. Le hubiese venido fenómeno quedarse reposando, pero prefirió cumplir con el ritual de practicar. En aquel momento, todavía no existía la covid-19 y la obligación autoimpuesta de aislarse ante la sospecha de cualquier cuadro viral respiratorio. En ese entonces, la situación deportiva no era la ideal. El rendimiento no era el mejor y Gustavo se sentía compelido a estar.

—Las cosas no me estaban saliendo como yo quería y, entonces, entrenar cada vez más duro, para mí, era la única forma de revertir esta situación.

Era más una sensación individual suya que una situación colectiva. Revisando los periódicos, no hay referencias negativas sobre el momento del equipo. Si bien no venía de ser campeón, se había clasificado para la Copa Libertadores de 2005 y estaba disputando su lugar en la cima del nuevo torneo.

El sentido del profesionalismo que le había inculcado Jorge, su padre, lo movilizaba a cumplir su responsabilidad, aun advirtiéndose indispuerto y con sueño. Así se subió a su camioneta X-Trail y enfiló rumbo al predio de la Universidad de Monterrey, donde se llevaría a cabo en esta oportunidad el entrenamiento.

En lo cotidiano, el predio Cueva Zuazua funcionaba como sitio de entrenamiento del equipo de Tigres de la Universidad Autónoma de Nuevo León. Bonito y distante del centro de la ciudad, a unos 35 kilómetros del centro, tomó el nombre del municipio al que pertenece: General Zuazua. En su interior, cuenta con seis canchas de medidas reglamentarias, además de vestuarios y demás comodidades típicas de un equipo de élite. En sus orígenes, el predio era parte de una antigua propiedad, que databa de 1666 y supo denominarse «Hacienda San Pedro» hasta que, en 1984, el club adquirió las instalaciones.

Ese jueves 7, a diferencia de lo que ocurría habitualmente, no concurrieron al lugar para entrenar.

Los clubes argentinos son sociedades civiles virtuosas en muchas dimensiones, pero atadas a recurrentes vaivenes políticos y con vínculos más complejos entre los actores del fútbol. La calma laboral que poseen los modelos de instituciones privadas, al estilo mexicano, pueden convertirse circunstancialmente en un páramo profesional apetecible. De allí que para muchos futbolistas argentinos, por momentos, haya sido una tentación. El colmo de la comodidad, en aquel Tigres de comienzo de siglo al que Gustavo cataloga como una «institución ordenada y de gente muy respetuosa», era la oportunidad de compartir plantel con varios compatriotas.

En cuestión de minutos, Campa llegó al complejo desde su casa y se fue a cambiar con los compañeros. Ese fatídico 7 de octubre de 2004, apenas terminó de ponerse la ropa, en lugar de salir a la cancha enfiló hacia el consultorio médico. Con el doctor Rubén González acordaron que entrenaría liviano y saldría ante el menor indicio de malestar. Pero no pudo con su genio: en lugar de aguardar en el vestuario o recostado en la camilla, se puso los botines y saltó al campo.

Acá es importante detenerse en el hecho de que aquella jornada de trabajo no fue en la Cueva sino en un espacio de la Universidad de Monterrey, mucho más cercano al núcleo urbano. Si hubiese tenido que trasladarse hasta Zuazua, por lo mal que se sentía, seguramente no hubiese ido y se habría evitado tremendo problema, pero como era en la sede de la Universidad y le quedaba cerca, hizo el esfuerzo. Luego, ya que estaba vestido, hizo un nuevo esfuerzo para intentar arrancar normal. La historia no se anota de antemano y tanto Campagnuolo como cualquier otra persona puede aprender de un episodio así.

Los futbolistas se juntaron en el centro de la cancha. Era la costumbre del cuerpo técnico para generar un momento de bienvenida e informar sobre las pautas, tiempos y cargas del día laboral. El prolegómeno fue breve. Se dispusieron en tríos para realizar el trabajo de calentamiento.

El preparador físico Carlos Marzo había ideado una entrada en calor con juegos, procurando escaparle al mote de tedioso que se estaba ganando entre los futbolistas. El primero era una mancha en tercetos.

Dispuestos en forma de triángulo, se numeraron del 1 al 3. La pelota quedaba en el centro. El futbolista del número seleccionado debía agarrarlo y, lo más pronto posible, «manchar» con el balón a cualquiera de los compañeros del terceto. Un juego básico, digno de escuela, para divertirse y activar el cuerpo. Un juego aparentemente inofensivo.

—La verdad es que no recuerdo el entrenamiento, pero sí que al profe lo acusábamos de aburrido porque siempre hacía la misma entrada en calor. Justo esa vez inició la práctica con algo distinto.

Uno de los argentinos que compartía plantel y formaba parte del entrenamiento era Sixto Peralta. Hoy, retirado de la profesión, se radicó en su Comodoro Rivadavia natal, pero sigue vinculado al fútbol jugando en el equipo Senior de Huracán y a través de la representación e intermediación de jugadores. De tanto en tanto viene a Buenos Aires y, con la excusa del libro, nos encontramos en un café cercano al shopping Alto Palermo:

—Del momento del golpe me acuerdo perfecto. Hasta fue gracioso.

Con Gustavo habían compartido la temporada 2002-2003 en Racing, con Osvaldo Ardiles como entrenador y cuando el equipo venía de romper la sequía de títulos. Campagnuolo ya estaba, había formado parte del plantel campeón dirigido por

Reinaldo «Mostaza» Merlo, y Sixto se había sumado al año siguiente. Como ocurre frecuentemente en el fútbol, por la pelota, volvieron a cruzarse años después en México.

—El profe —reconstruye Peralta— estaba haciendo un juego que era muy sencillo pero se ponía picante cuando tenías que salir corriendo a quemar a alguien. Gustavo estaba en mi grupo y en el trío de atrás jugaba Antonio Sánchez, que era el capitán del equipo. Los dos tenían que escapar y salieron en sentido contrario. Cuando giraron y levantaron la cabeza se dieron un golpazo.

Sonó a golpe seco. Fue un choque directo de cabezas y cayeron desplomados. Los compañeros comenzaron a reír, tener esos encontronazos era algo inherente al juego. Pero los minutos pasaban y los dos se mantenían sentados. Ahí ya las risas se detuvieron, cediéndole lugar a algunos gestos de preocupación. Ambos fueron retirados del campo de juego lentamente y el entrenamiento continuó ya sin ellos. Gustavo parecía estar mejor; Sánchez había permanecido, por unos instantes, inconsciente.

Por obvias razones, el cuerpo médico se preocupó por el cuadro, que aparentaba ser más grave. A Campa lo dejaron sentado a un costado, mirando el entrenamiento. Un rato después, en un parón para hidratarse, Sixto se le acercó para ver cómo estaba. Algo llamaba la atención.

—¿Cómo te sentís, Campa?

—Un poco mareado y con náuseas.

—Che, tenés como un huevito al costado de la cabeza. Avisale al médico.

Sixto evoca la anécdota de la conversación con soltura y de forma fluida, a diferencia de Gustavo, que no tiene recuerdos del golpe y que evoca, muy vagamente, algunos detalles saltados del momento.



Un detalle fue la imposibilidad de levantarse solo del piso. Otro, el color negro de la manga del abrigo del kinesiólogo, quien junto con el médico lo llevó hasta el consultorio aupándolo del brazo.

El resto continuó el entrenamiento de manera normal, mientras a los dos lesionados se los llevaron para el vestuario. El chichón en la sien de Gustavo crecía, y el doctor González empezó a preocuparse.

A comienzos del siglo XXI, el fútbol no tenía un protocolo de conducta ante un traumatismo cráneoencefálico (TCE). Cada caso se manejaba de acuerdo con el conocimiento del profesional y sin una normativa uniforme. Afortunadamente, en la actualidad existe lo que se denomina Sport Concussion Assessment Tool y es conocido popularmente como «SCAT 5» porque ha superado su quinta revisión.

Como herramienta diagnóstica, el SCAT es práctico y sencillo. Permite, a través de distintas pruebas, categorizar la conmoción cerebral en base a varios indicios de signos y síntomas, la memoria inmediata (prueba de Maddock) y el estado de conciencia y cognitivo del organismo (escala de coma de Glasgow).

«En los últimos diez años se ha aprendido mucho sobre lo que le pasa al cerebro cuando se golpea. En el siglo pasado, a un deportista que sufría un traumatismo de cráneo, si decía sentirse bien y no se veía nada raro, se lo dejaba continuar jugando sin tener en cuenta la conmoción cerebral. Hoy eso no pasa, es iatrogénico», explica el doctor Fernando Salvat, neurólogo del Fleni y especialista sobre la temática en el rugby, quien junto con su padre neurocirujano (Jorge Salvat) han sido pioneros en el estudio y el tratamiento de los traumatismos craneoencefálicos deportivos en la Argentina.

Los avances en el campo dieron un salto cualitativo cuando, en los Estados Unidos, el doctor Bennet Omalu, patólogo forense nigeriano, afianzó su investigación sobre la encefalopatía traumática crónica (ETC), una lesión crónica que sufren los jugadores de fútbol americano en la National Football League (NFL). Su historia se ha hecho popularmente conocida gracias a la película *Concussion*, protagonizada por Will Smith.

Neurólogos, investigadores y representantes del área médica del Comité Olímpico Internacional (COI), de la Federación Internacional de Fútbol Asociado (FIFA) y de otras federaciones deportivas internacionales han sentado posturas y llegado a un consenso sobre el mecanismo de respuesta ante un traumatismo de cráneo. El objetivo es claro: «Generar recursos que permitan controlar, reconocer, tratar y prevenir las conmociones cerebrales».

Al llegar al consultorio médico del predio de la universidad, Gustavo fue reevaluado y no daba la sensación de estar muy orientado en tiempo y espacio. Su cuadro se complejizaba. El médico percibió las señales de alarma e hizo la lectura correcta.

—Nos vamos ya para el hospital.

—Doc, dejame que me duche y me saque la ropa de entrenamiento.

—¡No, Gustavo! Esperá que voy a buscar las llaves de mi camioneta y te llevo ya para la clínica.

Gustavo no pudo siquiera bañarse pero alcanzó, desde arriba del vehículo, a llamar a su mujer. Le indicó que fuera directo al hospital porque se había golpeado la cabeza y probablemente le tuvieran que hacer un par de estudios. Bueno, al menos eso era lo que él creía, de acuerdo con lo que le habían dicho.

En la guardia, los médicos ya estaban alertados y preparados. No siempre cae un futbolista profesional (y reconocido) con una sospecha de lesión grave. No bien llegó, lo subieron a una silla de ruedas y lo derivaron a la zona de diagnóstico por imágenes. Él podía y quería caminar, pero no se lo permitieron.

«Cuestiones de protocolo», le dijeron.

Un rato después, Liliana ingresaba a toda prisa a la clínica con María Rosaria, la madre de Gustavo, que justo había llegado el día anterior a visitarlos. Paradojas del destino.

Liliana no tuvo ni tiempo de acomodarse en el asiento porque, en cuanto llegó, le pusieron un formulario delante para que firmara la autorización quirúrgica. Imagínense su sorpresa. Su marido salió engripado a la mañana rumbo al entrenamiento, y a las dos horas le avisaban que debía ser operado de urgencia porque su vida corría peligro. Esas cosas de la vida que nadie puede explicar.

Cuando concluyó la práctica, los compañeros se enteraron de la derivación de urgencia al hospital, pero desconocían la gravedad del cuadro. Sixto, el Cuqui Silvera, Claudio Husain y Walter Gaitán eran los otros argentinos del equipo, sin contar al cuerpo técnico. Pensaron en pasar por ahí camino a sus casas pero, como les aseguraron que tenía altas chances de ser operado, acabaron convenciéndose de que lo mejor era almorzar, dormir la siesta y acercarse con más tranquilidad por la tarde.

Nery Pumpido, el entrenador, no vio el choque ni había estado cerca de la jugada pero evoca el contexto:

—Era uno de los juegos que implementamos como calentamiento y terminó todo muy jodido. En cuestión de minutos, lo derivaron y unas pocas horas después lo operaron. Cuando Gustavo llegó al hospital con el médico, enseguida

nos informaron que la situación venía muy complicada. Por eso, ni bien terminamos, fuimos para allá.

En estos casos, el *screening* recomienda de inicio una Tomografía Axial Computada (TAC) con la finalidad de descartar una fractura de cráneo. Cuando terminaron, Gustavo todavía estaba consciente, pero sufría un dolor lacerante cada vez más intenso a la altura del parietal. Restaba completar el cuadro diagnóstico con otro estudio, una resonancia nuclear magnética (RNM) que es más específica para partes blandas (masa encefálica y vasos sanguíneos). Lo subieron nuevamente a la silla de ruedas y se encaminaron al otro lado del piso.

Cuando quedó frente al resonador, la cabeza le explotaba de dolor. Preguntó cuánto demoraba el estudio. Alrededor de media hora, le respondieron, y le dieron una pastilla para calmarlo. Nunca supo cuál. Tampoco supo que pasó después. Del resonador salió en silla de ruedas, pero no lo recuerda. Sí cree haber visto a Liliana firmando unos papeles, pero no lo puede asegurar, no sabe si realmente lo vivió o lo imaginó por lo que le contaron.

En esta instancia, los relatos divergen y, en algún punto, se contraponen. Gustavo narra que se cruzó en el hospital con algunos de sus compañeros antes de que le realizaran la resonancia magnética: «Estaban el Cuqui (Silvera) y Mumo (Peralta) y me cargaban con el huevito que tenía en la sien». Pero Sixto afirma que cuando él llegó a la clínica Gustavo ya estaba en quirófano: «Llegué a casa, almorcé y me acosté a dormir un rato la siesta como hacía habitualmente, pero no me dormí porque enseguida me levantó Paula diciéndome que fuera urgente para el hospital: a Gustavo lo estaban operando».

Como ocurre entre argentinos en el exterior o entre los futbolistas que son de una misma ciudad y se mueven a otra

dentro de un país, la relación trasciende al jugador y se extiende por fuera del marco del club, incluyendo al grupo familiar. A todos nos ha pasado, nos hacemos amigos o reflatamos relaciones con quienes tenemos más cosas en común.

Me pasó en Mendoza, cuando fui a Godoy Cruz, que volví a compartir plantel con Esteban Buján. Nuestros caminos se habían separado cuando terminamos las divisiones inferiores en Vélez. En el interín, él pasó por Independiente y Banfield, yo emigré al Internacional de Brasil y al Barcelona de Ecuador. Nos reencontramos varios años después en Mendoza y, aunque nuestras parejas ni siquiera se conocían, se terminó generando una amistad.

Eso mismo le sucedió a Liliana con las otras mujeres que compartían la vida de los futbolistas argentinos en Monterrey. Las asociaban las soledades, por los viajes y por las concentraciones, y desarrollaron una amistad paralela. Así fue como Liliana pudo avisarles que a Gustavo lo estaban operando.

Igual, en cuestión de minutos, las noticias habían corrido como reguero de pólvora. Los periodistas se acercaron al hospital y los hinchas quedaron anonadados. Se agolparon los móviles de los medios de comunicación en la puerta del establecimiento. Todos esperando noticias sobre la salud del arquero.

Hasta la Argentina viajaron las malas nuevas y el portal *Infobae* se hacía eco de la información bajo el título «Campagnuolo se fracturó el cráneo». «Chocó con un compañero en el entrenamiento y fue llevado de emergencia al hospital donde se le diagnosticó “un hematoma epidural en región temporal derecha con fractura de cráneo”, precisó el club. Fue operado de urgencia», reseñaba la crónica.

Alejandro Wall, periodista, simpatizante racinguista y autor de los libros *¡Academia, carajo!* y *Ahora que somos felices*,

entre otros, no olvida los comentarios posteriores de preocupación de los hinchas: «En aquel momento no existían las redes sociales. Un par de días después del accidente, en el estadio se hablaba mucho sobre su situación. Por las primeras noticias, se temía que no pudiese volver a jugar y era algo que nos conmovía a todos. Viste que siempre surge una filiación entre el hincha y el futbolista que le brindó alegrías. Bueno, algo así pasaba en Racing con Gustavo. Por el título de 2001 y por la sensación que había generado de ser una buena persona, se le seguía la carrera aunque estuviese en otro lado».

Las imágenes de la tomografía (TAC) y de la resonancia (RNM) permitieron hacer diagnóstico de manera precisa y rápida: fractura del hueso temporal, con compromiso de la arteria meníngea media.

La meníngea media es un vaso arterial de la cabeza que corre por fuera del cráneo e irriga los músculos y el tejido celular cutáneo y subcutáneo. Es la más importante y caudalosa de las arterias externas en la cabeza y, por ese motivo, era tan profunda la hemorragia.

La cirugía era el único camino.

—Gustavo, te cuento que fue increíble. No bien cauterizamos la arteria recuperaste los latidos y parecía que todo había vuelto a la normalidad.

Eso le contó el doctor que lo operó, cuyo nombre curiosamente era un homónimo: Koque Hernán Campa Núñez, eminencia de la neurocirugía mexicana que residía justo en Monterrey. A él recurrió el cuerpo médico del club, para que se hiciera cargo de la compleja cirugía que demandaba: apertura del cráneo, vía una extensión de la fractura, para cauterizar el vaso, dos horas en quirófano para monitorear la evolución favorable del cuadro y, para finalizar, el cierre de la fractura con una prótesis de titanio.

De todo esto, Gustavo se enteró cuando se despertó de la anestesia, casi diez horas después, y a través del médico del club. Al recuperar la conciencia, le avisaron que permanecería un día en terapia intensiva y otros cinco más internado. Si todo avanzaba según lo previsto, recibiría el alta en una semana.

Recién cuando lo pasaron a sala, después de las 24 horas, pudo recibir visitas. La anécdota de Sixto en su primer contacto después de la operación demuestra quién es Gustavo y cómo es su personalidad:

—Pese a que parece un tipo serio, a Campa le encanta joder y es muy divertido. El día posterior a la operación, ya sabíamos que estaba fuera de peligro y lo fuimos a visitar. Cuando llegamos, la puerta de la habitación estaba cerrada. Nos quedamos ahí, esperando. Hasta que, de repente, salió Lili desde adentro y nos dijo: «Che, ya lo pueden pasar a ver. Entre alguno de ustedes». Nos miramos y nadie reaccionó. Dudamos. Entonces me miró a mí, sabía que teníamos mucha afinidad de nuestra historia en Racing y me dejó sin alternativas: «Dale, Mumo. Pasá vos».

La pieza tenía una disposición en forma de L, con el baño en el ingreso, y la zona de la cama atrás. El respaldar quedaba oculto detrás, cuando ingresabas desde el pasillo. Solo se podían ver los pies. Sixto ingresó sigilosamente y se asomó. Lo encontró tirado en la cama y volcado de costado, mirando hacia la ventana que estaba en el fondo. En su ignorancia sobre neurocirugía, como le pasaría a cualquiera, esperaba a lo sumo ver un tajo o una cinta, no una cabeza mitad rapada y la otra vendada. Pese al asombro, se animó a hablarle.

—¿Qué haces, Campa?, ¿cómo andás?

Cuando escuchó la voz, Gustavo la reconoció de inmediato y empezó a girarse lentamente. Lo hizo muy despacio, como en cámara lenta.

—Bien, Sixto. Acá ando, como Harvey Dos Caras.

Harvey Dent era el fiscal del distrito de Ciudad Gótica que en los inicios de la trama de superhéroes actuaba como aliado de Batman y después de un accidente se transformó en un psicópata serial llamado Harvey Dos Caras: mitad buena y mitad mala.

En cuanto terminó de pronunciar la frase, casi como si en su cabeza lo hubiese montado todo desde un principio, Gustavo puso al descubierto el otro lado. El lado escondido, lastimado, no por ácido, como Harvey, sino por la cirugía, la placa de titanio y las decenas de puntadas que tuvieron que darle y que le quedaron como legado.

«Te juro que, en un primer momento, no sabía si reír o llorar. El tipo había estado al borde de la muerte, tenía la cara desfigurada y se lo tomaba para la joda. Eso demuestra lo que es Gustavo. Después charlamos un poco. Son esas situaciones extrañas en las que no sabés bien qué decir. Habré pasado uno o dos minutos y salí. Me acongojé un poco, soy medio sensible para esas cosas», admite Peralta.

Salió Sixto y fueron entrando uno a uno los demás compañeros. Los amigos aportaron presencia en esos momentos de postración. La espera también se amenizaba con los cuidados maternos y la contención de la siempre presente Liliana. La fecha de alta se postergaba sin causa. Se sentía bien. Le habían dicho que el cuadro estaba superado pero, aun así, no lo autorizaban a retirarse. Tardó en darse cuenta de que era un tema estético.

En realidad, mitad estético, mitad comunicacional. La prensa estaba bastante cargosa y muy conmocionada. Por lo tanto, los dirigentes y Liliana se pusieron de acuerdo con la gente del hospital para extender tres días la hospitalización y darle tiempo a que mejorara el aspecto exterior.



En total, fueron ocho días: cinco de cuidados médicos y tres de yapa para que el pelo creciese y los sesenta puntos de sutura se camuflaran. Ahí sí, llegó la hora del alta médica.

—¿Y ahora qué hago, doctor?

—Y ahora, a entrenarte, Gustavo. Ya estás en condiciones.

—¿Cómo que voy a entrenarme de nuevo?

—Sí, seguí tu vida normal y semanalmente te venís a controlar.

El 28 de octubre, tres semanas justas después del golpe, Campagnuolo volvió a presentarse en el entrenamiento. Sabía que el inicio no sería fácil y que la vuelta a la actividad debería ser progresiva. Obviamente, el primer día fue un mero formalismo: cambiarse y salir a la cancha para dar un par de vueltas caminando.

Para los compañeros y para el cuerpo técnico representó una gran alegría. El retorno también posibilitó que los periodistas, fotógrafos y camarógrafos pudieran obtener algunas imágenes de primera mano. Así lo describió el periódico *Medio Tiempo*, en su edición matutina:

El arquero argentino llegó temprano al entrenamiento, sintiéndose como si fuera su primera vez en entrar al vestidor, se cambió de ropa, saludó a sus compañeros, platicó con el cuerpo técnico, con el doctor Rubén González y salió a la cancha. Ahí caminó por espacio de media hora, luego hizo algunos ejercicios sin mucho esfuerzo bajo la vigilancia del preparador físico del equipo, Carlos Marzo.

Como era de esperarse, también sus declaraciones, contando en primera persona lo vivido en estos meses, fueron parte de la informal conferencia de prensa organizada por el club a la salida del vestuario: «Es algo realmente bastante loco.

Mi destino sería otro si no se hubiese actuado con rapidez. Todavía no asimilé todo lo sucedido... Estoy realmente muy contento de estar acá de vuelta en el ámbito al que uno está acostumbrado desde hace mucho tiempo».

Monterrey, al ser una ciudad futbolera, quedó sacudida por el hecho. Pintado como un caso entre la vida y la muerte, el hincha empatizó con Gustavo. Estuvo en las primeras planas de diarios y noticieros durante esas semanas. Todos querían agasajarlo ahora que estaba de vuelta. Así que los dirigentes le organizaron un reconocimiento previo al siguiente partido de los Tigres.

Generalmente, el estadio no se completa para un partido habitual, pero ese día explotaba. Más de 40.000 personas aplaudiendo, mientras Gustavo daba la vuelta olímpica alrededor del campo sentado en un carrito de enfermería. Era el campeonato de la vida lo que se festejaba. Liliana lo acompañaba y no podía contener la emoción o, por lo menos, eso sentía Sixto: «Era una muy linda imagen. Lili se creía que era una princesa. Iba parada en el carrito mientras la gente los ovacionaba, ella saludaba. Lo que nos divertimos ese día viéndolos cómo daban vuelta a la cancha».

En México, el fútbol se vive distinto y especialmente en Monterrey. No hay futbolista que haya jugado en el club que no resalte lo afectuosa que es la gente. Con Gustavo ni hablar. Cuando pasan este tipo de cosas, el sentimiento aflora más fuerte.

Durante noviembre se realizaban periódicamente las juntas médicas entre los profesionales del club y el neurocirujano para monitorear su evolución. No había apuros. Por momentos, se movía con el equipo y en otros solo, a contraturno, mano a mano con el entrenador de arqueros. Sixto recupera aquellos primeros días: «Si nos pareció gracioso verlo pelado y

dando vueltas a la cancha en el carrito con la mujer, imagínate cómo lo cargábamos cuando se apareció en primer entrenamiento del equipo con el casco de protección de Peter Cech. Nos cagábamos más de risa. Las cosas que le decíamos...».

Así como cuando un futbolista utiliza vincha evocamos directamente a Sócrates Sampaio, elegante mediocampista ofensivo brasileño de fines de los años setenta e inicios de los ochenta, cuando un arquero utiliza un casco de protección, es imposible no recordar a Cech.

Petr Cech fue uno de los mejores arqueros del mundo a comienzo del siglo XXI. Su destacada actuación en la final de la EuroCopa Sub 21 de 2002 con República Checa lo puso en el radar del fútbol grande. Sus sobrias atajadas y los títulos que obtuvo con el Chelsea lo llevaron a otro nivel, pero fue la particularidad del casquete lo que lo individualizó y terminó convirtiéndolo en un ícono histórico.

Cech nació el 20 de mayo de 1982 en Pilsen, República Checa, cuando todavía formaba parte de la extinta Checoslovaquia. En la panza de su madre compartió el embarazo con su hermana Šárka y su hermano Michal, quien murió a los dos años por una infección. De niño se inclinó por el fútbol. Era jugador de campo en el Viktoria Pilsen de su ciudad, pero una lesión en la pierna lo alejó del campo durante casi un año y lo acercó al arco: nunca más se separó. En 2006, en un partido de la Premier League entre el Reading y el Chelsea, el delantero Stephen Hunt lo golpeó con su rodilla y le fracturó el cráneo. Como resultado del choque, estuvo al borde de la muerte y su caso abrió debates intensos sobre la falta de seguridad para los arqueros en el fútbol inglés. A la peculiaridad de haber sido trillizo se le adjudicó una mayor debilidad ósea en el cráneo y una mayor propensión a la refractura. Por eso, implementó de ahí en adelante el uso del casquete. Su palmarés abruma:

cinco premios al futbolista checo del año, tres veces elegido el mejor arquero de la Champions League, tres veces ganador del Guante de Oro de la Premier League al mejor arquero de la temporada y elegido mejor portero del mundo en 2005. La historia del fútbol albergará para siempre a Cech.

En el caso de Gustavo, la rehabilitación fue más corta que la de Cech. Tres meses sin hacer deporte en conjunto para consolidar el callo óseo con la placa de titanio y un mes más antes de mezclarse con el grupo en el fútbol a espacios reducidos y en los entrenamientos globales. A partir del cuarto mes, planificó su retorno oficial.

Pasaron exactamente ciento veintiocho días desde el 7 de octubre, fecha del golpe, hasta el 15 de febrero de 2005, día del regreso. Fue un período de esfuerzo y de sacrificio. Momentos duros de padecimiento, soledad y trabajos diferenciados que solo los íntimos han de llegar a comprender en su totalidad.

En el estadio Alejandro Villanueva de Lima, por la Copa Libertadores 2005, tuvo su regreso triunfal. Así lo informó el diario *El Norte* de Monterrey en su edición del día siguiente:

Gustavo Campagnuolo salvó en por lo menos cuatro ocasiones a los Tigres que anoche tuvieron un discreto debut en la competencia internacional, consiguiendo un empate en cero en su visita al Alianza Lima. Los felinos fueron mejores, incluso llegaron a dominar; sin embargo, fue el rival el que tuvo las mejores y más claras oportunidades de gol, pero las resolvió de gran forma el portero argentino, quien no jugaba un partido oficial desde el 2 de octubre de 2004, ante Toluca, pues cinco días después, en un entrenamiento, sufrió una fractura de cráneo que puso en riesgo su vida.

En un primer momento, le habían sugerido que jugara con un casquete. Para él, usarlo era identificar un problema. Afortunadamente nunca más tuvo inconvenientes. Aquella noche, cuando salió del campo visiblemente emocionado y con una gran sonrisa en la cara, le dedicó la actuación a su familia. Todos los periódicos tomaron sus declaraciones:

Estoy muy contento, feliz, creo que el funcionamiento del equipo fue muy bueno en el comienzo de una Copa tan importante como la Copa Libertadores. Por comenzar de visitante, fue un partido donde manejamos bien el balón y creo que tuvimos un buen arranque. Y sé que esto es doblemente emotivo, por lo vivido, por estar al borde de la muerte, por las cosas que se dijeron: que no iba a jugar más, que iba a tardar un año en volver y gracias a Dios en cuatro meses volví y acá estoy de vuelta defendiendo los colores de Tigres en la Copa Libertadores.

Finalizado el campeonato, se reinstaló en la Argentina, de donde no se iría más hasta el retiro. La experiencia en México fue la última en el exterior. Volvió a Racing, donde había sido campeón, y alcanzó un nivel que le permitió sonar para formar parte de la lista de José Pekerman para el Mundial 2006. No se dio y, un par de años después, se mudó a San Lorenzo, donde también había salido campeón con el ingeniero Manuel Pellegrini.

En 2011 se retiró del fútbol profesional y quedó vinculado como entrenador de arqueros. Hoy, la fractura de cráneo es un simple recuerdo que, de tanto en tanto, reflorece.

—Estoy muy bien. Por ahí, si me toco fuerte la cabeza del lado derecho me duele un poco, pero jaqueca permanente no tengo —sintetiza Gustavo, desdramatizando cualquier

memoria, conectado a un presente en el que la existencia le ofrece oportunidades que no se parecen en nada al dolor.

Cada tanto le toca narrar aquel jueves bravo de Monterrey, que va quedando viejo. Y mira a pleno cada uno de los jueves que tiene por delante.